

EGUIARA Y EGUREN, ORADOR SAGRADO

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

La actividad intelectual de Eguiara y Eguren siempre desembocó en las que fueron para él grandes preocupaciones: la difusión de la palabra divina, del Evangelio, extensión del cristianismo para crear el Reino de Dios, y paralela a ella, la difusión de la cultura a través de la enseñanza de la filosofía, de las humanidades y esencialmente de la cultura mexicana, de sus valores y sus prohombres.

Ambas preocupaciones las cumplió desde su juventud con fidelidad y entusiasmo que sólo encontramos en seres sobresalientes. Hizo suyas las palabras del Apóstol: "Haz todo con amor", y trabajando noche y día pasó su vida. Laboriosa y fecundamente enseñó, escribió, predicó. La alegría que da el amor que se vierte en los demás, rodeó su existencia. Participó a los pobres y huérfanos sus bienes materiales, y a los necesitados de dirección y consuelo, su consejo, su prédica, el ejemplo de su vida. De su patrimonio costó obras que enriquecieron alma y mente de los mexicanos y en perpetua dación ejerció su fecunda existencia.

Hombre de iglesia, virtuoso, sabio cumplido, su misión apostólica la desempeñó sin tregua, con puntualidad y eficacia que le venía de su carácter, de su familia, de su voluntad siempre tensa. Muy joven se inició en la enseñanza de la teología dentro de la Universidad y en el desempeño de sus funciones de capellán. También en sus primeros años descolló como orador sagrado, como predicador. Cumplió así con la misión que Cristo dio a sus discípulos: "*Docete omnes gentes...*", y esa enseñanza la virtió tanto como catedrático cuanto como predicador, como orador sagrado. Ocupémonos por ahora de la segunda.

Que tenía aptitudes oratorias lo comprueban las menciones que en sus Relaciones de méritos y servicios nos hace de esa actividad. En la del 7 de noviembre de 1724 confiesa que en esa fecha, esto es cuando tenía 28 años, ya había pronunciado "más

de cien sermones y pláticas; y tres en la Universidad”, y añade adelante explicando esa actividad: “Luego que se ordenó de diácono, obtuvo licencia de predicar, que ha ejercitado continuamente en los primeros theatros de esta Ciudad; y en extramuros de ella ha predicado varias tandas morales, sin estipendio alguno; de suerte que en sermones y pláticas pasan de ciento.” En la Relación de 8 de julio de 1757, escribe al mencionar su actividad dentro de la Congregación del Oratorio, en donde animaba la Cofradía de la Doctrina Christiana, que asistía a aquella casa, “yendo de 38 años a aquella parte casi todos los días y aún por la noche a ayudar en los ejercicios que allí se practican y predicando muchas pláticas; y que en el Oratorio que llaman pequeño, en donde concurren los congregantes todos los domingos del año, hacía 16 que predicaba cada 15 días sobre el Evangelio ocurrente, sin que para todo lo referido le hubiesen sido de embarazo, sus continuas tareas de la Universidad, ni las consultas del Santo Tribunal de la Inquisición, que hace como su calificador del Santo Oficio.”¹

Orador sagrado desde los inicios de su vida eclesial, su excelente formación filosófica y teológica le permitía pronunciar en las fiestas solemnes de la Universidad, de la Catedral y de Palacio, piezas oratorias cargadas de sentido y de bella forma. Así en la misma Relación de méritos de 1724 indica que tuvo a su cargo en 1719 en la Real Universidad el sermón de la festividad de la Purísima Concepción de Nuestra Señora y también al año siguiente el de la conmemoración de la conversión de San Pablo. En la misma Relación nos habla de sermones diversos pronunciados con tiempo fijo y sobre diversos temas de la Escritura al presentar sus oposiciones como canónigo lectoral y magistral. Igualmente, en la Capilla del Palacio disertó ante el Virrey y numerosos vecinos ante el arzobispo.

A más de su propia mención, contamos con la que varios cuerpos civiles y eclesiásticos dieron acerca de esa faceta de Eguiara. En las cartas que el Ayuntamiento de la ciudad de México y la Congregación del Oratorio expidieron el 13 y el 16 de abril de 1747, ambas corporaciones coincidieron en que el señor Eguiara se distinguía a más de su amable genio y acreditada literatura,

¹ Agustín Millares Carlo, *Don José de Eguiara y Eguren y su Bibliotheca Mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957, 187 p. (Facultad de Filosofía y Letras 17) p. 91-171.

“por haberse dedicado a la instrucción de nuestra Santa Fe en el púlpito, a la enseñanza de las ciencias en la cátedra y el bien de las almas en el confesionario. . .”

Una vez concluida su vida, los oradores que hicieron su elogio fúnebre de la misma manera subrayaron esa labor de Eguiara. Así el padre Vallarta afirma que: “nadie podría ignorar que el Dr. Eguiara fuera un hombre sabio. Eso lo saben quienes le escucharon en los Generales de las Escuelas o desde la barandilla, objetando réplicas tan eficaces como medidas, o sobre la cátedra dando respuestas tan adecuadas como prontas; ya habiéndolo también oído con general aclamación en los pulpitos..”² Y esta misma opinión, agrega, la tuvieron el Cabildo de la ciudad de México y la Congregación del Oratorio, quienes testimoniaron ante el Rey su dilatada labor de orador sagrado. Señala el eminente jesuita, admirador de Eguiara, que éste compuso, entre otras, diecisiete oraciones panegíricas de enjundia y que “su avanzada edad y quebrantada salud no le impidieron en numerosas ocasiones, predicar en su Iglesia Catedral, los sermones de el mayor empeño, y algunos saliendo del Coro al púlpito en la repentina falla del predicador”.³

Adelante nos dice que su modo de predicar era “copioso y abundante, útil y suave”; no era su decir “aguacero tempestuoso que cayendo con aparatos de ímpetu vehemente, como que inundara la tierra, pero deslavazándola con su fuerza, en vez de fertilizarla con su jugo; sino como agua mansa, que insinuándose suavemente cale los corazones, y los disponga a llevar fruto de bendición.” Y completando esa visión, escribe: “Predicó con abundancia, pues apenas contaba veinte y dos años de nacido, apenas fue Diácono, cuando comenzó a predicar; y predicó tan-

² Joseph Mariano de Vallarta, *El Sabio con aprobación de Dios. Sermón fúnebre que en las Honras que la Real y Pontificia Universidad dedicó el día 12 de agosto de 1763 años a su Respectable Doctor el muy Ilustre Señor D. Juan Joseph de Eguiara y Eguren, su Cancelario, y Catedrático Jubilado de Prima de Sagrada Theología, Canónigo Magistral, Thesorero y Maestre-Escuelas, Dignidad de la Santa Iglesia Metropolitana y electo Obispo, que fué, de la Sta. Iglesia de Yucatán, etc.* Predicó el P. . . de la Compañía de Jesús, Prefecto de la Muy Ille Congregación de la Purísima y Catedrático del Doctor Eximio en dicha Universidad, México, s.e. 1763, 40 p.; p. 4-5. Vid el texto íntegro en los apéndices contenidos en la *Bibliotheca Mexicana* de Eguiara y Eguren, tomo V, edición preparada por mí y editada por la UNAM a través de su Coordinación de Humanidades. Todas las ocasiones que se mencionen los apéndices en el texto también se refieren al tomo V de la *Bibliotheca Mexicana*.

³ *Ibidem*, p. 3-7.

to, que llegaron a ser cosa de cuatrocientos sus sermones morales en las Dominicas, y a componer veinte y ocho tomos de cuarto de varios que predicó, sin otros que dijo por apuntamientos". Y reiterando su proposición inicial, Vallarta añade: "Y no es esto haber sido sabio verdaderamente eclesiástico, que no se dio al ocio, ni aún el literario, sino ejercitó con frecuencia su propio ministerio del púlpito. ¿Y cómo predicó? Predicó con utilidad; porque no sólo empleó su talento en pregonar las glorias de Dios, y de sus Santos: *in oratione confessus Domino*, sino también en las plazas, calles, esquinas, hacía pláticas de Doctrina Cristiana al campo árido de la plebe ignorante, que mas necesitada estaba de su riego. Predicó por sí mismo y predicó por otros, porque alentó con su ejemplo, y persuadió con sus exhortaciones, a que otro se dedicara al mismo ministerio: al que le mantenía tan celoso aprecio, que solía asistirle al Predicador a la escalera del púlpito. ¡Oh que digno se mostraba en esto de subir a él! ¡Y oh que bien colocado estuvo en el Magistral de su Iglesia!"⁴

Por su parte el doctor y maestro Agustín de Quintela, rector de la Universidad en 1763, en la *Tierna demostración que la Real y Pontificia Universidad de México hizo de su justo sentimiento en las solemnes y devotas exequias del muy Ilustre Sr. Dr. Juan José de Eguiara y Eguren...*⁵, recoge diversos elogios funerales de congregaciones religiosas y de afectos al señor Eguiara en los que se señala el mérito de su enseñanza ejercida a través del púlpito. Y finalmente el doctor Pedro José Rodríguez y Arizpe, oratoriano, en su *Funebris Declamatio* en la cual en diversos párrafos menciona su actividad oratoria, y al final de la misma en la que ensaya describir la obra de Eguiara, menciona que éste dejó veintiocho volúmenes en cuarto de: "Cóncciones panegyricae, morales, et asceticae", un septenario dedicado al Patriarca

⁴ *Ibidem*, p. 28-29.

⁵ *Tierna Demostración que la Real y Pontificia Universidad de México, hizo de su justo sentimiento en las solemnes y devotas exequias del Muy Ilte. Sr. Dr. D. Juan Joseph de Eguiara y Eguren, su Catedrático jubilado de Prima de Sagrada Theologia Diputado de Hazienda y Visitador de su Capilla, Rector y Cancelario de ella, Canónigo Magistral Thesorero y Maestre-Escuela, Dignidad de la Santa Iglesia Metropolitana, Calificador del Santo Oficio, y electo Obispo de Yucatán, etc.* La saca a la luz y dedica a la Muy Ilte. y Venerable Congregación de el Oratorio de Sr. San Phelipe Neri, el Sr. Dr. y Mtro. D. Agustín de Pintela, Rector actual de dicha Universidad, Impresa en México, en la Imprenta de la Bibliotheca Mexicana, 1763. *Vid*, el texto íntegro en los apéndices.

Señor San José con meditaciones y un octonario en torno de la beatitud del mismo Santísimo Patriarca.”⁶

Millares Carlo, quien formuló el primer ensayo bibliográfico de Eguiara, registra en sermones, oraciones panegíricas y pláticas sagradas, un total de 226 piezas, de entre 244 obras mencionadas. Esto quiere decir que sólo 18 obras de esa bibliografía no pertenecen a ese género. De entre esas 226, el señor Eguiara dio a la imprenta nueve de ellas, quedando las otras manuscritas, bien sea autógrafas bien en copias mandadas hacer por él y con anotaciones propias.

En la Biblioteca Nacional de México, sección de manuscritos, se hallan dieciséis volúmenes que contienen múltiples sermones y pláticas de Eguiara. Posiblemente esos sean los que quedan de los veintiocho tomos en cuarto que menciona el padre Vallarta. De esos dieciséis tomos o volúmenes faltan los tomos 9 y 10. Esos volúmenes en cuarto están encuadernados en pergamino y llevan clasificación muy antigua y genérica. MS. 252.3 EGU al 268.3 EGU. En el lomo de ellos se lee: “Eguiara. Sermones varios”. Al frente de la pasta encontramos las cifras: 81. CD/252, años 1727-1749, 82 CD/525, años 1722-1750, 83 CD/252/años 1727-1750, 84 CD/252/años 1721-31, 85 CD/252/años 1718-25, 86 CD/252/años 1752-57, 87 CD/252/años 1756-59, 88 CD/252/años 1757-66, 89 CD/252/año 1761, 90 CD/252/varios años y muchos sin fecha. 91 CD/252/años 1742-48, 92 CD/252/años 1727-1761. Al final de éstos por su numeración se encuentran los volúmenes 80 y 79, que llevan las siguientes siglas: 80 CD/252/años 1751-58, que contiene la indicación, volumen segundo del primer tomo, y al final el 79 CD/252/años 1723-50 primer tomo en dos volúmenes. En este último tomo en el verso de la portada está la anotación de que son 16 volúmenes de los que faltan el 9 y el 10.

En estos volúmenes, que debieron ser encuadernados por el propio Eguiara, pues se revela que él, cuidadosísimo en todos sus papeles y apuntes, hizo en diversas piezas anotaciones poste-

⁶ *Funebris declamatio in solemnibus funere quo Regia, ac Pontificia Mexicana Academia biduo parentavit per illustri Dom. Doct. Joanni Josepho de Eguiara et Eguren, Yucatanensis Diocesis electo Episcopo, Metropolitanae Ecclesiae quondam Magistrali Canonico, dein Thesaurario, ac tandem Scholiarchae, in eadem Academia Sacrae Theologiae Primario Emerito, Rectori, Ultra plura que alia munera Cancellario. Habita in ipsius Academiae sacello, tertio idus sextiles, A. P. Doct. Petro Josepho Rodriguez et Arizpe, Congregationis Oratorum Sancti Philippi Neri Presbytero. México, 1763, 38 O. Vid. el texto íntegro en los apéndices.*

riores, indica cuáles podrían darse a la imprenta y cuáles no, por ser meros apuntamientos. Un catálogo pieza por pieza de estos sermones que he formado y que dan un total de 253, permiten completar el ensayo de Millares Carlo. Aparte de estos volúmenes, en el mismo repositorio de San Agustín encontramos ocho volúmenes más que contienen pláticas sagradas dadas en diversos sitios y en fechas varias, pero en general de 1732 en adelante. El número de esos apuntamientos o pláticas completas contenido en esos 8 volúmenes encuadrados en pergamino y los cuales llevan la clasificación antigua: MS. 252 (04) EGU, y en el lomo números 748 al 755 números de adquisición 8279 al 8286, es de 176.

Posiblemente los primeros 16 volúmenes, mas estos otros ocho, que dan 24, formen parte del conjunto de veintiocho mencionados por el padre Vallarta. El registro completo de estos 24 volúmenes lo incorporamos en el volumen de apéndices.

Un volumen más con piezas oratorias del señor Eguiara y algunas otras de los padres Antonio de Isusi y Pedro de la Carrera, siendo la mayor parte del primero, se encuentra también en los manuscritos de la Biblioteca Nacional registrado como sigue: 54 CD/252/ 04, número de inventario 8306. Las piezas que contiene son 17. Su registro completo va en los apéndices.

Así, el total de sermones, pláticas, oraciones sacras, piezas oratorias pronunciadas por don Juan José, se elevaría de esta manera a la cifra de 442.

Estos registros permiten adicionar a las 244 obras de Eguiara registradas por Millares Carlo, más de doscientas, y si tomamos en cuenta que faltan en nuestros repositorios otros cuatro volúmenes para completar la cifra dada por Vallarta y el padre Rodríguez y Arizpe, y contando por término medio veinte sermones en cada uno de ellos, alcanzaríamos así un total de 522, cifra que aumentaría en más de 320 la cifra de sus obras proporcionada por Millares.

Debemos señalar que en estos sermonarios se encuentran piezas completas, bien terminadas, las cuales, según el parecer de su autor, podrían ser impresas, en tanto que otras son resúmenes de sermones en los que se expone el argumento esencial bien desarrollado al cual habría que añadir el exordio y la conclusión. Otras son meros apuntamientos con el tema central, las citas escriturarias o de los Padres y Doctores y breves trozos. En algunas ocasiones el predicador indicaba que ese sermón ya había

sido pronunciado en diverso templo y ocasión, lo cual era natural, dado que tanto las fiestas fijas como las movibles se repetían. De esta manera las prédicas o panegíricos sobre temas particulares o determinados santos se repiten. Muchos con los datos esenciales, que por otra parte no podían variar, se duplican bajo otro aspecto y forma, pero otros son iguales en motivo y expresión. De toda suerte, esa cifra indica el desempeño de una labor ímproba, grata pero fatigante. Las pláticas dominicales, destinadas a un público ordinario, si bien son recias y sustanciales son más sencillas y menos elaboradas que el gran sermón pronunciado en la Universidad, Catedral, Basílica de Guadalupe o en algún otro santuario de su devoción y en fiestas grandes.

Todos y cada uno de estos sermones reúnen el cometido a que los destinó su autor, no son mera palabrería, discursos vanos mal contruidos y sin sentido. Concepto muy alto tenía Eguiara de la oratoria sagrada, pues estimaba que todo sermón era parte del entendimiento divino y brotado de su boca y que siendo así implícitamente tenía que ser bueno. "Cualquier sermón parto del entendimiento humano, debe imitar en cuanto pueda ser al divino; y no teniendo este ser sino bondad; sin ella no será sermón cualquier parto de entendimiento y labios humanos; y mientras mejor fuera, será más dignamente sermón."

Estas reflexiones que aplicaba a un sermonario de su entrañable amigo el doctor Andrés de Arze y Miranda, su antiguo colega en la Universidad, abogado de la Real Audiencia, cura beneficiado de la parroquia de la Santa Cruz de Puebla de los Ángeles y examinador sinodal de su obispado, son las que durante toda su vida normaron su acción de predicador.⁷

Fuera de las pláticas en torno de los temas evangélicos, principalmente las dichas cada domingo y fiestas de guardar, encontramos en el repertorio de este orador sagrado, algunos temas recurrentes, bien sea por devoción particular o por encargo de alguna congregación a la que estaba ligado. Así, numerosos sermones están dedicados a San Felipe Neri de quien era no sólo gran admirador sino seguidor de sus virtudes. La figura de este santo del siglo XVI cuya veneración era tan grande en el siglo

⁷ Aprobación del Dr. Juan Joseph de Eguiara y Eguren, Catedrático Jubilado de Prima de Sagrada Teología de la Real Universidad de México, Calificador del Santo Tribunal de la Inquisición de la Nueva España, Examinador synodal del Arzobispado. [En torno de los Sermones varios del doctor Andrés de Arze Quiroz y Miranda, enero 23 de 1747]. *Vid.* el texto íntegro en los apéndices.

siguiente y cuya labor continuaban con enorme éxito sus seguidores en esta parte del Nuevo Mundo, se acrecentó formidablemente con oradores sagrados de la talla de Eguiara. Año tras año, en las solemnes festividades que se le dedicaban en el templo de San Felipe Neri, en cuya vecindad vivía Eguiara, o bien en la Catedral, don Juan José era el pico de oro, el que ensalzaba los méritos humanos y atributos de santidad del célebre patriarca. La extensión y fortalecimiento de los oratorianos en la Nueva España deben mucho a hombres como Eguiara. Hay que recordar que uno de los introductores de la modernidad en la filosofía novohispana fue el doctor Juan Benito Díaz de Gamarra, gloria del Oratorio de San Miguel el Grande. Esta congregación por su modernidad, perfección en sus estudios y prudente e inteligente dirección de los jóvenes, representaba ya en Europa, y también en México, la segunda institución docente, después de la Compañía de Jesús con la que empezaba a rivalizar y a la cual sustituiría una vez extrañada la Compañía de los dominios del católico Carlos III. Sin haber concluido su nuevo templo los oratorianos, al abandonar los jesuitas su Casa Profesa, uno de sus establecimientos más queridos, ésta pasó a la Congregación, la cual la ocupa y conserva en todo decoro hasta nuestros días.

Los aspectos morales, espirituales y sociales de la vida y acción de San Felipe que toca Eguiara en sus sermones son muy variados. En la nómina que proporciona Millares Carlo contamos diez, cuyos títulos indican vagamente el tema tratado en virtud del barroquísimo título con que los enunciaba. Uno de ellos es *El ladrón más diestro del espíritu religioso, el gran Patriarca San Felipe Neri*; otro lleva el título *La campana sonoramente multiplicada. San Phelipe Neri*; el siguiente: *San Felipe Neri Semejante a los Santos Ángeles por su pureza; y disemejante por ser su pureza ventajosa*; otro más: *San Phelipe Neri semejante a los profetas y Proheta sin semejante*; *San Phelipe Neri semejante a los santos mártires*; *San Phelipe Neri semejante a los S. S. Concesores pontífices*, etcétera.

San José mereció varios sermones, la mayor parte pronunciados en la Catedral, otros en el Oratorio o en el convento de San José. El culto al esposo de la Madre de Jesús, introducido desde los primeros años de la evangelización, se mantuvo constante en la Nueva España. No fue como el de otros santos influido por la moda, la novedad. La suya era fiesta grande por haber sido, como rezan los sermones de Eguiara: *El ángel de Guarda de Christo*

Señor Nuestro; o por *El patriotismo incomparable del incomparable Patriarca Señor San José*, en el que se elogia el alto sentido de su paternidad espiritual; y también *El gigante de perfección entre todos los gigantes de santidad*. Eguiara asigna al Patriarca la advocación de "Patrón contra temblores", tal vez por la protección prestada al niño Jesús, o por la cercanía de su fiesta a los sismos ocurridos en México en aquellos días.

Santos muy diversos, como los apóstoles, tuvieron sermones importantes. San Pedro, San Pablo y San Mateo, Santiago y Bartolomé merecieron el mayor número. San Francisco, San Ignacio, San Bernardo, y también piadosas mujeres como María Magdalena, Santa Eduwiges, Santa Catalina, Santa Rosa y Rosalía y otras muchas. Los arcángeles Miguel y Rafael fueron bien celebrados, y no podía faltar como muestra del nacionalismo de Eguiara, San Felipe de Jesús.

Eguiara fue gran devoto de la Virgen María, de cuyas virtudes y misterios se ocupó, no sólo en los sermones, sino también en sus escritos teológicos. Las piezas mariológicas pronunciadas por Eguiara son abundantes y en ellas se ocupa de destacar aquellos sucesos más importantes de su existencia: Nacimiento, Concepción, Asunción, sus dolores al pie de la Cruz, sus gozos ante el nacimiento de su hijo o la Epifanía. No hay aspecto de la vida de la Virgen Santísima que no esté tocado con extrema dignidad, amor y acatamiento hacia ella. Respecto a sus advocaciones novohispanas, debemos decir que Eguiara de acuerdo con larga tradición dedica algunas de esas oraciones a la Virgen de los Remedios para implorar su protección en las inundaciones que padecía la ciudad. A su lado encontramos varios sermones, perfectamente contruidos, escritos con elegancia y un gusto especial en honor de la Virgen de Guadalupe como el que se titula: *María Santísima pintándose milagrosamente en su bellísima imagen de Guadalupe en México, saluda a la Nueva España y se constituye su patrona*. Este panegírico pronunciado en la Iglesia Metropolitana, en noviembre de 1756, fue publicado en la Imprenta de la Bibliotheca Mexicana en 1757, por encargo de la ciudad de México, y dedicado al virrey Marqués de las Amarillas don Agustín de Ahumada y Villalón. Su carácter es eminentemente nacionalista y en él, como se verá con más detalle en el capítulo destinado a examinar el nacionalismo de Eguiara, hay un sentimiento patriótico muy vivo, reflejo del grupo social e intelectual al que pertenecía. Otro más es el dicho en el santuario

guadalupano el 12 de diciembre de 1749, cuyo título reza: *La Christianidad del Imperio Mexicano, confirmada por María Santísima en su prodigiosa Imagen de Guadalupe de México*; o bien *El cielo junto con la tierra, Nuestra Señora de Guadalupe*, posterior al anterior y también *Nuestra Señora de Guadalupe, la admirable*. En estas obras se vuelca el guadalupanismo auténtico de la Nueva España, se patentiza la admiración y el apego a la Virgen del Tepeyac, la hondura de su culto y el sentimiento patriótico que aumentaba a medida que su devoción se extendía y se convertía en la devoción mariana por excelencia.

La Cristología fue tema fundamental de los teólogos y oradores sagrados de la Nueva España. No podía ser de otra manera cuando se trataba de formar el pueblo de Dios, al que tenía que hacerse a imagen y semejanza del Nazareno. De esta suerte los temas a tratar partían de la existencia de Dios, del augusto misterio de la Trinidad, de la encarnación del Señor, de su vida pasión y muerte, y se extendían a los arduos problemas de la voluntad divina, de la libertad creada, de la gracia auxiliar y a todos aquellos que configuran al Cristo Dios y al Cristo hombre como base de la religión. Este tipo de sermones representan el mayor número de los de Eguiara y fuera de los puntos teológicos que desarrolla en las grandes solemnidades y ante auditorio preparado, tenemos aquellos en los que expone con sencillez y claridad los misterios y pasajes de su vida, como Hijo de Dios; Redentor, su Transfiguración y Ascensión y escenas como la Natividad, la Epifanía, su conversación con los doctores, el inicio de su vida pública, pasión y muerte.

La exposición de los sacramentos con la explicación de su sentido, finalidad y valor, representa otro aspecto del que se ocupó sobradamente y en todos los niveles el señor Eguiara. Repasa uno por uno, analiza su significado, alcance y uso y sin desdeñar el estudio de aquéllos que se administran una sola vez, como el bautizo, la confirmación y la extremaunción, se detiene para resaltar las bondades de la confesión y la necesidad de la penitencia, así como para exaltar la comunión explicando el divino misterio de la Eucaristía, y también la santidad del matrimonio o la recepción de las órdenes sagradas. En este aspecto, las pláticas de nuestro orador eran como la semilla evangélica, trataban de llegar siempre a la tierra limpia y fértil, aun cuando algunos granos cayeran en piedra o entre espinas.

Como apuntábamos ya, en estos escritos, completos o en apuntamientos, hallamos bien el discurso magistral, de elevados conceptos, en prosa cuidada y elegante o la plática sencilla, clara, al alcance de todos los fieles. En ocasiones y dada la moda de la época, el estilo se alambica, retuerce, se torna conceptuoso y acultura, pues el saber eclesisástico estuvo contagiado del barroquismo imperante. Muchas veces los títulos exhiben ese sentido artificial que caracteriza la literatura del siglo XVII, con sus defectos, exageraciones y también hallazgos verbales importantes. Podemos mencionar algunos ejemplos de ello: *El capitán ambidiestro. Sermón de el glorioso Apostol Santiago, Patrón de las Españas; Los reverberos luminosos de la sombra; La nada contrapuesta en las balanzas de Dios a el aparente cargado peso de los hombres; El Santo más semejante y más desemejante a Dios, San Miguel Arcángel; El ladrón más diestro de el espíritu religioso; El monstruo de la Santidad, El melifluo doctor y glorioso abad San Bernardo; El serafín entre los hombres y querubín entre los serafines, San Luis Gonzaga; La hidropesía saludable. Sermón del Máximo Dr. San Gerónimo; El peor diablo para el hombre, el hombre mismo; Los dolores irremediables y el remedio de los Dolores; El Atlante de las aguas, San Bartolomé; Un huerto en una rosa. Santa Rosa y Rosalía.* También encontramos como influencia del desarrollo científico, títulos como *El antejo de largavista; El telescopio; Los Arquímedes del cielo* y muchos más reveladores de las ideas en boga.

La extensa lista de las oraciones sacras pronunciadas por Eguiara, igual que la que se puede elaborar de algunos otros predicadores de su época, o poco anterior a él, como los jesuitas Francisco Javier Lazcano, Juan Ignacio de Uribe, Lucas del Rincón y Andrés Velázquez, o los franciscanos José Guilarte, Jacinto Bernárdez, Juan de Abreu y Antonio Casimiro de Montenegro y otros más de los dominicos, carmelitas, agustinos y mercedarios, permiten apreciar la gran estima que tuvo en la Nueva España esa forma retórica, esa expresión literaria que a la vez que era creación estética, era también el medio más seguro de formar una ideología, la cristiana, de orientar la vida diaria del hombre anónimo, estimulando sus tendencias o esforzándose por contrarrestarlas. La oratoria sagrada, como lo ha mostrado Bernhard Groethuysen en magistral estudio,⁸ revela el mundo y la ideolo-

⁸ Bernhard Groethuysen, *La formación de la conciencia burguesa en Francia*

gía de una sociedad dada, es como la clase eclesiástica de acuerdo con una doctrina y determinadas concepciones que integraron durante varios siglos su filosofía y teología, dirigía la vida colectiva, la existencia total del pueblo cristiano que le estaba confiado.

Antes de pasar adelante, debemos añadir a la lista de los predicadores sobresalientes de la época, a uno de los hermanos de Juan José, al también doctor Manuel Joaquín de Eguiara, el hermano más próximo, aquel que alcanzó en la Universidad grados relevantes, su compañero de labores, pues fue con él que adquirió el material tipográfico que les permitió instalar la imprenta de la Biblioteca Mexicana. También fue este Manuel Joaquín fervoroso partidario del Oratorio en donde auxiliaba a su hermano en la predicación y también en las labores de la Academia Neriana.

Pues bien, don Manuel Joaquín fue igualmente eminente orador sagrado, si no tan fecundo como su hermano, si lo bastante. Tal vez sus ocupaciones como cura propio de la parroquia de la Vera Cruz, no le permitieron ni pronunciar tantos sermones como Juan José, ni escribir los textos de sus piezas oratorias. Sin embargo, de él se conservan en el fondo de manuscritos de la Biblioteca Nacional, cuatro copiosos volúmenes de sermones. Un estudio a fondo de estos sermonarios permitiría valorar el mérito literario de esta actividad y sobre todo su profundo sentido vital, su fuerza ideológica que modeló vivamente a amplios sectores de la sociedad mexicana.

La oratoria sagrada siguió en la Nueva España las normas que la preceptiva literaria impuso a ese género en Europa y los principios morales e intelectuales que los predicadores deberían acatar. Entre estos regían primero el ejemplo de una vida virtuosa, sin la cual la predicación no surtiría sus efectos y enseguida libertad para pronunciar lo necesario, lo cual dio enorme validez al consejo y la palabra del orador. En cuanto a las normas, éstas señalaban que los sermones pertenecían a tres géneros, el demostrativo, en el que se loa o vitupera; el judicial, con el que se acusa o defiende, y el deliberativo con el que se persuade o disuade. Otro género, el didascálico, es aquel con el cual a la vez que se enseña se expone arte o ciencia, textos o comentario. Los

tres primeros forman los sermones de materia en los que se trata de un solo punto, como el ayuno; o bien alabando a un santo como San Pedro, o combatiendo una herejía. Para esto, se apoya en todo el Evangelio o en parte de él y la doctrina de los Padres y Doctores de la Iglesia.

Estos principios, así enunciados, los vemos bien representados en las piezas de oratoria de Juan José Eguiara y también en las de su hermano Manuel Joaquín. La concepción cristiana de la vida que se difundió por la acción apostólica en la Nueva España desde el siglo xvi se convirtió en una realidad social y representó un hecho, el haber incorporado a enorme población al mundo de la fe, la cual determina, en la más amplia medida su fanera de sentir y pensar. Los fieles ordenan su vida dentro de un calendario eclesiástico, en cierta forma diverso del prehispánico, aun cuando ajustan a muchas festividades que responden a ciclos naturales, a las nuevas. El año eclesiástico que encerraba los misterios de la existencia del Señor y la vida admirable de sus apóstoles y santos era un compendio, como afirma Bossuet, del Antiguo y Nuevo Testamento que se ponía a los ojos de los fieles a través de doctas o sencillas explicaciones de sus ministros. En nuestras tierras ocurría lo mismo que pasaba en el horizonte cristiano del Viejo Mundo, toda la acción de la iglesia concurría con sus ideas, prácticas y símbolos a mantener la fe cristiana.

Un trozo que escribe un sencillo abate francés referente a esa vivencia cristiana, puede trasladarse a nuestros horizontes: "Lo primero en que se fija nuestra mirada —refiere al abate Pluche— cuando nos acercamos a un pueblecillo católico es la torre de su iglesia con su cruz. Esta torre, visible ya desde lejos, es un resumen de nuestra fe. Si entramos luego en la iglesia de la aldea o en uno de esos conventos o catedrales, encontramos por todas partes los mismos objetos del culto, unas veces sencillo y humildes, otras brillantes y mayestáticos. Nos basta contemplar esos objetos para percatarnos de la unidad de nuestra fe. Si luego abandonamos las iglesias en las cuales se hace visible a nuestros ojos la religión en su integridad, sin necesidad de la ayuda de libros o imágenes cualesquiera, encontramos una última enseñanza en el lugar donde descansan nuestros antepasados. De esta suerte son los ritos de la iglesia católica y las figuras pintadas que veis, un libro que está abierto siempre ante vosotros".⁹

⁹ *Ibidem*, p. 16-18, *Apud*, Abate Pluche, *Le spectacle de la Nature*, París, 1750, tomo viii a parte, p. 348 y ss.

Ese mundo en el que desde su nacimiento e iniciación sacramental se formaba el creyente, era reforzado, incrementado de continuo por el catecismo y la predicación. En la primera etapa de la vida, la asistencia a la doctrina cristiana formaba las mentes y los corazones. Posteriormente, los ritos y la predicación confirmaban lo que se había aprendido. A través de la vía de la razón y de la sensibilidad se formaba la conciencia de la sociedad cristiana, del pueblo creyente en una fe sencilla. Explicaciones de alto sentido teológico o más racionales quedaban para públicos selectos en determinados templos y las concepciones científicas del mundo que penetraban en los ámbitos intelectuales se escogitaban en los colegios, en las cátedras universitarias o conventuales.

Sin embargo, ya en el siglo XVIII se proporcionan a los creyentes, cuya fe ya no es tan sencilla, explicaciones de la historia sagrada y también de tipo profano que les incorpora a un mundo más vasto. Ya hay menciones no sólo a los santos, sino a los grandes hombres de la humanidad: César, Alejandro. La influencia del saber científico se trasluce en determinadas piezas oratorias. Para ilustrar el valor de las vidas de algunos santos, o de algunas advocaciones o misterios, Eguiara, para no citar sino a nuestro personaje, recurre a parangonar su acción con la de efectivos instrumentos científicos cuya utilidad era perceptible a todos. Así, utiliza los nombres del anteojo de larga vista o del telescopio para destacar la magnitud y valor de una vida virtuosa o de un sacramento. También ocurre al uso de concepciones geométricas y astronómicas como la esfera.

En su propósito de reafirmar la acción apostólica tiene que destacar el inicio de la misma y así, hace concurrir en acción paralela la obra apostólica de Santiago Apóstol, difundiendo el Evangelio del Maestro en Europa, y la de don Fernando Cortés, quien con la conquista de México posibilitó su cristianización. En los sermones de Eguiara encontramos de continuo apoyatura procedente de amplio conocimiento de la historia eclesiástica y de la mundana, la cual ofrece bien dosificada a sus escuchas.

La idea de Dios, de sus misterios, encarnación, pasión y muerte; la idea del mundo, de la vida, del orden divino, de la muerte, de las diferencias sociales, se hace presente con recio conocimiento y clara y precisa expresión en la obra oratoria de este predicador. Análisis detallado de esa producción que aquí no podemos hacer permitiría captar la idea viva, íntegra de vasto sector social

novohispano en su época. La lista de su producción oratoria, así como la transcripción completa de alguno de sus sermones, principalmente de los que tienen tema guadalupano, son reveladores de su sentido nacionalista del que nos ocupamos brevemente en otro apartado.

Para cerrar estas páginas debemos añadir que si bien en el siglo XVIII novohispano no se encuentra enfrentada la conciencia del cristiano ni escindido el mundo del creyente sencillo y del hombre perteneciente a otra clase social e ideológica, como en el mundo burgués europeo, si percibimos como a través de los sermones se forma una sociedad en la cual la exaltación del criollismo se acentúa y con ella la formación de un sentido nacional. Es en estos momentos que se precisa con enorme claridad como Nueva España constituye ya una nación auténtica, pues tiene un territorio bien delimitado, un pueblo con una conciencia clara de sus valores y un gobierno que la rige, en el cual desean participar con pleno derecho los criollos, pues poseen las condiciones morales e intelectuales necesarias para ello. Tal es el inmenso valor que tiene esa enseñanza que, apoyándose en las normas cristianas, quiere para la sociedad a la que dirige, la posibilidad de regirse por la vía de la recta razón y el uso de sus derechos imprescriptibles.

En suma, debemos concluir que la obra de Eguiara y Eguren como orador sagrado representa una labor de creación, de formación de la mentalidad novohispana. A más de ser muy amplia, pues sólo los sermones escritos suman arriba de 522, referentes a los temas más diversos, encontramos que ellos son más que simples piezas de oratoria florida, de retórica verbal, y contienen, aun los más sencillos, lecciones prístinas de enseñanza moral y religiosa, cápsulas rigurosas henchidas de enseñanza teológica, de saber religioso, lecciones pequeñas o grandes cargadas de buena y sana doctrina, perfectamente dosificada para los asistentes a quienes iban dirigidas. Esta cualidad de rigorización sistemática de un profundo saber, débese indudablemente a la alta calidad de maestro que Juan José tuvo. Treinta y cinco años o más sirvió como catedrático en la Universidad, explicando los más arduos temas de la filosofía y la teología. Su sapiencia, siendo inmensa, se sistematizaba en la enseñanza que ejercitó con amor y entusiasmo. Y en su constante prédica fue un formador de la conciencia de los mexicanos, educador penetrante que sabía

que con su palabra forjaba buenos cristianos y buenos ciudadanos.

El pueblo a quien Eguiara se dirigía era un pueblo al que había que formar, primero, como cristiano, con todas las implicaciones que ello exigía: fe, ejercicio de la razón, práctica de las virtudes, convivencia fraternal con miembros de una sola iglesia y de una sola comunión, y ejercicio nacional de las acciones que la religión imponía; pero también pueblo al que había que educar como ciudadano, sujeto de obligaciones y derechos, miembro de una comunidad enlazada por valores, tradiciones y costumbres, lengua y origen comunes, conviviendo en el mismo territorio y con aspiraciones políticas y concurrentes semejantes.

La acción de hombres como Eguiara significa tanto la construcción de una nación cristiana cuanto la creación de una patria común. La oratoria sagrada, tal como Eguiara la ejerció, formó una ideología y tanto en ella, como en su obra cultural, de humanista, encontramos viva la fuerza creadora con que actuaron el padre Las Casas, fray Pedro de Gante, Vasco de Quiroga y tantos otros varones, forjadores de la sociedad y de la cultura mexicana.